

Cartelera de vacaciones invernales

MARY G.
SANTA EULALIA

Argentina, España, Estados Unidos y Francia nos envían retratos de la sociedad actual, comedia, misterio, drama, homenajes y un “comic” de mucho miedo.

Desde dos ángulos diferentes, sintonizados en el tiempo presente, y en el continente americano, se nos invita a contemplar el rostro de la sociedad actual. Uno refleja observaciones de Woody Allen, desde su escenario favorito, Manhattan, en Estados Unidos. El otro, a larga distancia, hacia el sur, pero prácticamente entre los meridianos 60° al 80°, como el rincón neoyorquino, es elección de Juan José Campanella, de Buenos Aires. No se puede apuntar a nada más verdadero y más contrastante a la vez. Y coinciden en la cartelera de este fin de año.

Al super-moderno, joven y sibarita colectivo que Allen manipula en *Melinda y Melinda*, no le falta nada material y sus idas y venidas, ya risueñas, ya doloridas —entre sorbos de finos vinos, servidos en esbeltas copas—, obedecen a emociones, sentimientos y sexualidad individualizados. A la “tribu” de Campanella, más plural en edades, menos selectiva, le sobra escasez.

CINE

Participa en tensiones de amor y variadas pasiones, similares a las de los coetáneos del norte, pero respira una solidaridad sin límites, manifiesta en la dependencia mutua de los miembros del grupo entre sí.

En mitad de estas dos posiciones se abren muchas otras vías en el espectáculo cinematográfico de última hora.

Melinda y Melinda

El maestro Allen pronuncia una lección sobre estructuras de su oficio. Explica cómo, de un pequeño incidente irrelevante, un comediógrafo puede obtener un espectáculo divertido y un dramaturgo, por el contrario, una obra desazonante. Entre paréntesis, cabe reprochar a Woody Allen el vacío que deja al no indicar el eminente instrumento que es el actor para la transmisión de estados de ánimo, en cada una de esas facetas. Pero queda al descubierto, inmediatamente, al dar cuerda a las piezas para demostrar su aserto, cuando expone la primera de las versiones y, después, su contraria, con la colaboración de Chiwetel Ejiofor (Ellis), Will Ferrell (Hobie), Jonny Lee Miller (Lee), Radha Mitchell (Melinda), Amanda Peet (Susan), Chloë Sevigny (Laurel), Wallace Shawn (Sy). El talento, la psicología y la técnica de los autores de los textos no serían tan eficaces, en cuanto a sugestionar al público, si carecieran del arrojo y la vibración de los intérpretes de sus pensamientos. Tanto para inducir a la audiencia a reír, como para hacer que estalle en lágrimas. Se advierte, sobre el desarrollo de la comedia. La marca del producto es puro Allen-Manhattan. Rebosa fascinación, refinamiento, ligereza, ironía y fluye entre disquisiciones, admirablemente concisas, sobre la condición humana, dificultades a las que se encara por causa de sus infidelidades, los absurdos de sus incoherencias y la extensión del celestinismo, si se puede llamar así la aparente,

incesante, búsqueda de compañeros/as para los amigos/as que viven sin pareja en Nueva York.

Luna de Avellaneda

El argentino Juan José Campanella, a quien, con Allen, se ha mencionado en el párrafo del comienzo, ya ha venido dejando marcas de solvencia en la mente de los españoles cinéfilos con sus realizaciones. *El niño que gritó puta* (1991), *Y llegó el amor* (1997), *El mismo amor, la misma lluvia* (1999), *El hijo de la novia* (2001), aunque exhibidas sin el orden cronológico en que fueron hechas, han precedido a su última obra, *Luna de Avellaneda*, recién estrenada en España. El engranaje argumental, minuciosamente procesado, tiene en su solidez y verismo sus más apreciables cualidades y valores. Añádase, además, la faceta comprometida de crónica transparente, sincera y contemporánea de las dificultades socioeconómicas por las que atraviesa la burguesía bonaerense. Con Campanella, Fernando Castets y Juan Pablo Doménech han propuesto un argumento serio, rico en acción, problemas y caracteres, que extrae palpación de la calle, concretamente, de un significativo barrio suburbial de la capital de Argentina. Lo que parece entenderse como estudio de una célula, es manifestación del estado del cuerpo total. El notable actor Ricardo Darín, en compañía de estrellas

merecedoras de aplauso cerrado en sus intimistas secuencias (Mercedes Morán, Eduardo Blanco, Valeria Bertuccelli, Silvia Kutica, entre otros), contribuye a construir artísticamente un cuadro realista, que no prescinde de humor. Interviene, con acierto, el veterano español José Luis López Vázquez, a quien se le ha anunciado ya la concesión del premio Goya especial del 2004, por el conjunto de su labor.

Antes del atardecer

Digamos que los personajes de Richard Linklater pertenecen al sector cultivado de Allen. Su romántica comedia, *Antes del atardecer* (*Before Sunset*), está interpretada, en los dos principales papeles, por Ethan Hawke (Jesse) y Julie Delpy (Celine), sobre un guión que ofrece una curiosa génesis. Fue planificado por el director y su pareja de intérpretes. Estos se han desenvuelto, en la pantalla, conversando amigablemente, con distintos encuadres de París al fondo. Se desplazan sobre un argumento muy sencillo, escrito por Linklater y Kim Krizan. Cuenta lo que ocurre la segunda vez que se encuentran la joven francesa Celine y el joven estadounidense Jesse. Confirma que persiste la impresión de entendimiento, que era genuina la compenetración que sintieron nueve años antes, al coincidir, casualmente, en un viaje a Viena. A pesar de la lejanía, el largo período de tiempo transcurrido y el aparente olvido. Esta película toma su arranque de otra, titulada *Antes del Amanecer*, estrenada en 1995, que obtuvo, en su momento el Oso de Plata del Festival de Cine de Berlín. Desde aquel final memorable, en que la pareja se despedía con el acuerdo de reunirse seis meses más tarde, los intérpretes, Hawke y Delpy, se dieron a pensar cómo podría resultar aquella cita. Estimulados por el director, elaboraron unos diálogos y esbozaron las situaciones que podrían presentarse. De ahí, fuente original, salió el germen que ha

hecho factible esta nueva película, agrídulce y sentimental.

María querida

Probablemente Pilar Bardem deba, en parte, el premio conseguido este otoño, en el Festival de Valladolid, como mejor actriz, al hecho de que su hijo tuviera tanto éxito con *Mar adentro*, porque, sin menospreciar su sensibilidad y su oficio, no se pueden considerar tan relevantes como los de él, en el caso que nos ocupa. Incluso, se ve un poco sometida a una imagen insistentemente monolítica de su personaje. Pilar Bardem encarna a una figura excepcional, la filósofa española María Zambrano, discípula de Ortega y Gasset. Se retratan sus últimos años, su vuelta a España tras su exilio en América, motivado por la guerra civil. Con el título de *María querida*, guión de Rafael Azcona y bajo el alto mando de José Luis García Sánchez, no es ocioso suponer que el film está programado como un ejercicio en honor a la genial pensadora. Motivo: la conmemoración del centenario de su nacimiento en Vélez Málaga. El homenaje fílmico que se pretendía rendir a tan ilustre mujer, sin embargo, no alcanza los niveles de análisis de la categoría humana y del calado intelectual de la misma. Algo que debía prodigarse en una obra, en principio, justificadamente ambiciosa. Cabría alegar que fue el proyecto, quizá apresurado, basado en una incompleta floración del tema,

CINE

un superficial aporte de datos sobre la protagonista y escaso desarrollo visual de los poseídos. Se diría que el equipo productor se ha contentado con ilustrar sólo un borrador, aceptando un rodaje de elaboración somera y prematura. Se nota que falta repaso y reposo y documentación trabajada. Lo que se expone a la ávida mirada del espectador interesado, no pasa de esquema, simplificación insatisfactoria. En resumen,

María Zambrano era un reto, que queda pendiente.

Triple agente

Esta película enlaza circunstancias históricas muy precisas con una exposición de situaciones, a propósito, indecisa. Sorprende por su composición y por su argumento, como ajena al estilo que hizo popularmente conocido a Eric Rohmer, el autor de los *Cuentos morales* y las *Comedias y proverbios*. Entra, con Serge Renko (como Fiodor, general del ejército ruso blanco, refugiado en París) y Katerina Didaskalou (como Arsinoé, pintora griega y su esposa), en un sinuoso asunto policíaco-político que implica a rusos zaristas exiliados, bolcheviques, nazis y espías, población del lado oscuro de París. La etapa, en cuestión, corresponde al primer tercio del siglo XX. Europa está agitada como un avispero. Fuerzas ocultas preparan la explosión de una segunda guerra mundial. Rohmer desdibuja a sus personajes por un procedimiento sutil, para conseguir una medida de ambigüedad e indefinición muy convincentes. Particularmente a Fiodor. Esa peculiaridad dota al film de oportuno tenebrismo, desconcierto y miedo. Las condiciones para un prototipo acabado de “thriller”, con tensión de alto voltaje.

Horas de luz

Melodrama inspirado en un suceso real, de nuestro tiempo y en España. Lo dirige el guionista, productor y director Manolo Matjí, con Alberto San Juan y Emma Suárez, en pareja protagonista, copia de la que, en la vida real, forman: María del Mar Villar y Juan José Garfía. El guión ha salido de las manos de José Ángel Esteban, Carlos López y el propio Matjí. La peripecia se registra en una prisión del norte de España, donde cumple condena, sujeto al grado más severo de rigor carcelario, J.J. Garfía, por delito de asesinato y por demostrar un temperamento violento. Los celadores le consideran un tipo peligroso, por lo que no guardan miramientos con él. Conmovida la enfermera del centro, ante este estado de cosas, le presta un cuidado más acorde con sus necesidades y recurre a intervenir en su favor. Ello va a redundar en la mejora de su situación y en la transformación del individuo, que se vuelve persona dócil y, finalmente, enamorada. Debe mencionarse la puntual aportación de detalles concretos del día a día en las relaciones de prisioneros y carceleros, y las condiciones en que se llevan a cabo. Este aspecto procura a la obra validez de documental.

De-Lovely

Un musical, en gran formato, es *De-Lovely*, sobre el compositor Cole Porter. Respecto de la película, supuestamente biográfica, se nos advierte: que se le ha aplicado algo imaginario, y algo verdadero,

pero que, en todo caso, se ha procurado respetar fielmente el espíritu de aquel artista estadounidense a quien se reconoce como compositor de parte de la mejor música de su país. La productora Twentieth Century Fox ha contratado a más de una veintena de actores, importante orquesta, coros, y ha insertado las interpretaciones del propio Porter y de más de una docena de famosos cantantes, como: Natalie Cole,

Elvis Costello, Alanis Morissette, Robbie Williams, etc. Kevin Kline, con la desenvoltura que le pedía el protagonista, se responsabiliza del mismo, y Ashley Judd, a la altura de las circunstancias, del de su bellísima esposa, Linda. La historia la escribió Jay Cocks, y se encargó de dirigir Irwin Winkler. Un veterano que fue premiado con un Óscar, por su película *Rocky* (1976) y ha sido nominado en varias ocasiones más para el cotizado galardón. La música, naturalmente, goza de un trato de favor en la banda sonora. Un ambiente de esplendor, París, y una edad que se llamó de los “felices ‘20” respaldan la historia de un hombre atractivo, afortunado y de tendencias homosexuales, que se casó con una mujer excepcional y vivió entre diversiones y caprichos, a juzgar por la biografía fílmica. El conjunto es grandioso, a la manera cómo Hollywood acostumbra a recordar a sus celebridades. Todos los elementos necesarios para que resplandezca el personaje se han puesto a este servicio y están exquisitamente controlados. El lujo preside las casas, los hoteles, los atuendos de Porter, de su mujer, de sus amistades; la producción, en una palabra. Ateniéndose al tipo, dijérase, frívolo, al que nos introducen, uno se pregunta: ¿cuándo componía su música Cole Porter?

Estilo nuevo para la infancia nueva

Cada generación, más o menos, muestra gustos muy diferenciados de los de sus padres. En el cine, se nota. Y entre abuelos y nietos hay enormes distancias en apreciación de temas, de tratamientos y de intención. Ahora se perfila una ruptura más rápida entre personas menos alejadas en edad. La infancia, que hace muy poco era feliz con el modelo Walt Disney de dibujo clásico y animado, parece que gira hacia otros productos. Véase, por ejemplo, el caso de creciente éxito que representa Pixar, con *Toy Story*, *Bichos*, *Buscando a Nemo*, etc. Todo material novedoso. Su última aportación, *Los Increíbles*, es, en esquema, una versión de James Bond familiar. Hasta la banda musical lo recuerda. El superhéroe es el padre; pero la madre superelástica, no se queda atrás. Los hijos, ¿qué van a hacer? Seguir las enseñanzas de ambos para proteger al mundo de un desequilibrado megalómeno. Los patos, los ratones, los cerditos han quedado atrás. Lo que se ha adquirido viene con impronta del mundo adulto: ciencia-ficción, informática, velocidad y violencia a tope, que se aderezan con gotas de humor y expresión de unión inquebrantable entre el matrimonio y sus vástagos.

Alien versus Predator

Para los que alucinen con la fantasía dura y cruda, se entretengan con los lineales guiones de los “comics” y les hagan soñar los efectos

CINE

especiales, hay, también, una opción a su medida: *Alien versus Predator*. Este film describe una lucha tan trepidante como desmedida de ciencia-ficción, entre monstruos del espacio —cazadores— y bichos abismales terrestres —muy mal intencionados—. El director, Paul S. Anderson, ducho en estas cuestiones —figura, en su filmografía, el título orientativo, *Resident Evil*—, asocia, en este nuevo empeño, dos personajes del

género terrorífico: *Alien* y *Depredador*. Los seres humanos incluidos en el reparto, inocentes arqueólogos, caen en tremendas trampas mortales, por curiosos. Uno a uno desaparecen vertiginosamente, atrapados entre rugidos, fuegos, oscuridad, afilados dientes, pegajosas sustancias y espeluznantes artefactos.

La música salvadora

Por dos razones, nada menos, sería justo recomendar esta primera película del guitarrista Christopher Barratier, *Los Chicos del coro*. Esas razones son: la aproximación a la música, como necesidad humana, y el empleo de la voluntad personal para comprender y ayudar a nuestros semejantes. Lo uno viene planteado en la aceptación —casi dócil— de unos chicos desarraigados, rebeldes y faltos de instrucción para someterse a una disciplina, integrarse en un coro y cantar afinadamente. La segunda partida corresponde al educador nato, artista y compositor, que encarna Gérard Jugnot, con una adecuación tan positiva que motiva un elogio tanto para él como para el mensaje que suscribe. No existe barrera que no sea derribada, cuando se pone toda el alma en la tarea de sacar a unos niños del fondo del estanque de la marginación. Precisamente *Fondo del Estanque* se llama el extremadamente severo internado de reeducación de menores, donde este caso se desarrolla. La película, inspirada en otra anterior de

Jean Dréville, *La Cage aux Rossignols* (1945), toma como referencia, la Francia de 1949, época deprimida, herencia de la 2ª guerra mundial, y expone la modalidad, vigente entonces, en el tratamiento a los pupilos. Se imponía, según frías teorías dictadas lejos de los afectados, un reglamento inflexible, con resultados nefastos.